

Se criaba y reproducía el metal aurífero

Casa del Sol

Casa Aurífera del Meta

El Dorado

Las comarcas del Meta, las más ricas del mundo

Mucho oro en el Alto Orinoco

Epuremei

Manoa

Indio llamado dorado

Indio Dorado

Parime Lacus

Canto épico de Guayana (*De Guiana Carmen Epicum*)

La poderosa y dorada ciudad de Manoa

Laguna Parime

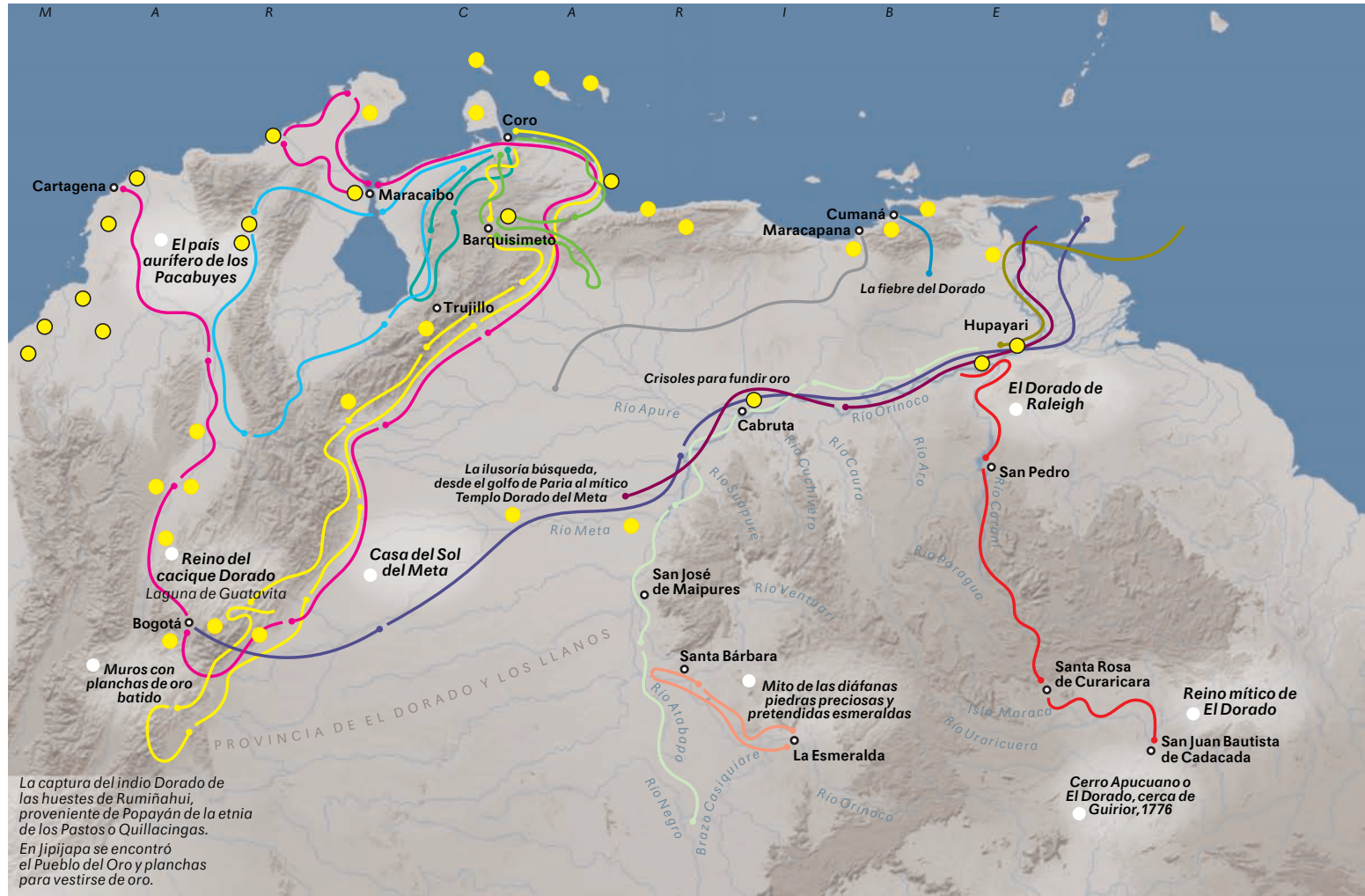
Mar Dorado

La vía láctea y el oro del Orinoco

El mito en la *Encyclopédie*

El Dorado en *Cándido* de Voltaire

**La transferencia codiciosa
de míticos paisajes auríferos
en la incentivación
del reconocimiento de la
Venezuela profunda**



LÁM. III Imaginario y reconocimiento territorial: hacia el Dorado por la Venezuela profunda.

- Ruta de ALFINGER (1529-1530)
- Ruta de ALFINGER (1531-1533)
- Ruta de HOHERMUT (1535-1538)
- Ruta de FEDERMANN (1530-1531)
- Ruta de FEDERMANN (1537-1539)
- Ruta de Alonso de HERRERA (1534)
- Ruta de Jerónimo de ORTAL y aspiraciones de Antonio SEDEÑO desde Macarapana en busca del Meta y Casa del Sol (1536)
- Expedición de Diego FERNÁNDEZ DE SERPA (1568)
- Expediciones de Antonio BERRÍO (1584-1587-1590-1596)
- Ruta de Walter RALEIGH (1585)
- Ruta de José SOLANO Y BOTE (1758-1759)
- Ruta de Apolinar DIEZ DE LA FUENTE (1759-1760 y 1767-1770)
- Rutas de expediciones fomentadas por Manuel CENTURIÓN, en búsqueda de la laguna Parime y cerro Dorado (1773-1775)
- Hallazgos de oro guanín
- Ubicación mítica de paisajes ricos en oro
- Oro guanín

(INTERPRETACIÓN DEL AUTOR)
 Basada en relatos de exploraciones de los siglos XVI al XVIII, cronistas, y obras de Demetrio RAMOS, *El mito del Dorado*, 1973; Juan FRIEDE, *Los Welser en la conquista de Venezuela*, 1961; Francisco MORALES PADRÓN, *Atlas histórico cultural de América*, 1988; Eberhard SCHMITT y Friedrich Karl von HUTTEN, *Das Gold der Neuen Welt*, Berlin, 1999.

XVI. *La transferencia
codiciosa de míticos
paisajes auríferos
en la incentivación del
reconocimiento de
la Venezuela profunda.*



LÁM. 112 Detalle del lago Parime, con vista a la ciudad mítica de Manoa o del Dorado, edición del viaje de Raleigh de Levinus HULSIUS, Núremberg y lago Parima grabado por Jodocus HONDIUS, 1599.

(491)

Demetrio RAMOS PÉREZ,
*El mito del Dorado. Su génesis
y proceso*, Biblioteca de la
Academia Nacional de la Historia,
Fuentes para la Historia Colonial
de Venezuela, Caracas, 1973.
Excelente presentación erudita
del tema.

(492)

FRIEDE, op.cit., págs. 101-102.

(493)

FRIEDE, op.cit., pág. 102.

- 1 Una geohistoria de lo maravilloso se evidenció desde el temprano siglo XVI con las sugerencias del hallazgo aurífero en la utopía paisajística de un país equinoccial pleno de recursos auríferos en el Meta y en el Dorado. Ambos mitos tuvieron gran importancia en el reconocimiento territorial de Tierra Firme (491). Se materializaron en enormes recorridos de reconocimiento que penetraron en paisajes naturales y humanos de difícil acceso, con choques de españoles y etnias indígenas, con hallazgos de paisajes con recursos de flora y fauna, donde la realidad superó la ilusión. —
- 2 Obviamente, todo fue una quimera, una sensibilidad del mito, puesto que no se puede pretender hallar los sitios geográficos auríferos del Meta y del Dorado, ya que no estuvieron en ninguna parte. Lo que existió fue una transferencia codiciosa en encontrar míticos paisajes auríferos, lo que llevó a descubrir e individualizar territorios, donde el imaginario parecía trastocarse en realidad. Las sugerencias alucinantes derivaron en grandes desazones, pero incentivaron el avance del reconocimiento geográfico en la continentalización de la Venezuela profunda. —
- 3 Ello se inició en la década de 1530 con una ilusión gestada en las Antillas, en Santo Domingo. Allí, en la periferia caribeña, se cristalizaba el mito que existía en el continente, entre el Perú y el Río de la Plata, un país de maravillosas riquezas. Ello ha sido destacado por el acucioso historiador Juan Friede: «En Santo Domingo arraigó de tal manera, que la misma Real Audiencia informaba al Consejo de Indias el 10 de diciembre de 1533 que, según las alturas y graduaciones, tomadas por cosmógrafos y pilotos, territorios riquísimos se encontraban en el paraje de enfrente de esta isla y de la de San Juan, entrando por ello en línea directa al Sur y mediodía, llegando a la línea equinoccial, antes y después de pasado de ella. No vaciló en autorizar una gran expedición de cuatrocientos hombres, doscientos a caballo y doscientos a pie, a fin de descubrir este «Dorado», después de «platicar muchas veces con los pilotos» (492). Sin embargo, dicha expedición nunca se llevó a cabo. —
- 4 Esta primera versión no admite dudas de que El Dorado estaría emplazado en los territorios de la Venezuela profunda, lo que es reiterado por el historiador Friede: «Fácilmente se observará que los informes sobre este «Dorado» indicaban explícitamente el territorio venezolano. La gobernación limitaba al Occidente con las gobernaciones de Santa Marta y del ignoto Perú; por el Oriente, con Paria, Maraón y Río de La Plata, y al Sur, con el desconocido «Mar del Sur». De manera que un territorio enclavado entre Perú y Río de La Plata y situado al Sur de las islas de Santo Domingo y San Juan sólo podía encontrarse dentro de los límites de Venezuela» (493). Naturalmente esta interpretación fue conocida en Venezuela y tuvo que reafirmar en los conquistadores del período de los Welser su creencia de que El Dorado se encontraba dentro de los límites de su gobernación. —
- 5 En el imaginario de los conquistadores europeos, el síndrome de la acumulación aurífera en tierras tropicales del país del Meta, y de El Dorado, se perfeccionó prontamente en la probable existencia de un territorio aborígen emplazado en el interior del continente que concentraba fabulosas riquezas con poblados de calles, casas, estatuas y objetos áureos, con lagunas y ríos donde se «criaba y reproducía» el metal aurífero, que así resultaría inextinguible. Este imaginario se robusteció con los hallazgos de concentraciones de objetos de oro en las ciudades ceremoniales aztecas e incas, los ricos ajuares de oro en los templos y sepulcros de los zenúes del río Sinú y otros sitios americanos. La fama de las altas civiliza-

ciones mesoamericanas y andinas, con sus enormes riquezas auríferas, se extendió con rapidez, excitando la imaginación de los europeos.

A su posterior auge también contribuirá decisivamente la labor de famosos grabadores, como Théodore de Bry, y una abundante cartografía mítica iluminada. ─

- ⁶ La noticia de ofrendas rituales aborígenes, como las registradas anualmente en la altiplanicie bogotana en la laguna de Guatavita y otras, por indígenas chibchas, parece ser el origen real de este mito de El Dorado, donde se encontraría la Casa Dorada, el templo del Sol, y un cacique que cubriría su cuerpo con oro en polvo. Posiblemente los conquistadores escucharon relatos orales y conocieron fina orfebrería muisca que representaría el acto ritual de El Dorado, como la pequeña joya que muestra en oro a un engalanado cacique oferente con un grupo de dignatarios y sacerdotes con hábitos ceremoniales sobre una balsa, que se encontró en 1856 en la laguna de Siecha y que hoy está depositada en el Museo del Oro en Bogotá. ─
- ⁷ Estos mitos del país del Meta y de El Dorado tuvieron gran importancia en la geografía de Tierra Firme. Fueron muchos los viajes expedicionarios que han enriquecido la aventura humana en territorios venezolanos profundos, en especial guayaneses y amazónicos, en función del imaginario y de la avidez desencadenada por el síndrome del oro. Se materializaron en grandes recorridos que penetraron en territorios de difícil acceso y en choques de europeos y etnias indígenas, con hallazgos de paisajes y recursos de flora y fauna, donde la realidad superó lo imaginable. ─
- ⁸ La búsqueda de tierras auríferas siguiendo las teorías medievales de la abundancia de metales preciosos en las inmediaciones tórridas ecuatoriales, como lo propiciaba en la época de los descubrimientos el catalán Jaume Ferrer, se inicia en la Orinoquia venezolana con la expedición de Diego de Ordaz y de Jerónimo de Ortal en 1531, quienes remontan el río Orinoco o Uyapari como lo denominaban los aborígenes hasta los raudales, buscando el país del Meta donde estaría emplazada la áurea **Casa del Sol** y ricos veneros auríferos más allá de las montañas en la tierra tórrida ecuatorial. ─
- ⁹ Alonso de Herrera, teniente de Jerónimo de Ortal, penetró nuevamente por el río Orinoco en 1534 y logró llegar al río que llamaban Meta, donde fue masacrado por los indígenas, lo que frustró la posibilidad de remontar el Meta y llegar al país de los chibchas. La codicia en alcanzar los paisajes auríferos fue extraordinaria, como se registró en el caso de esta expedición de Herrera en el tramo entre el Orinoco y la penetración por el Meta: «Pero que despues viendo que el gobernador se tardaba, deseosos de llegar á lo bueno, donde les daban á entender que hallarian mucho oro, hicieron una barca grande para veynte é dos caballos y en que llevasen sus municiones; y con esta y los bergantines, que eran seys, se partieron de aquel pueblo de Carao por un estero ó brazo que entra en el mismo rio de Huyapari, al qual llaman el estero de Meta. É tardaron veynte dias hasta llegar á la boca del estero, yendo á la vela é navegando doscientas é cinquenta leguas primero, y entraron por aquel brazo ó estero con los siete navios hasta veynte leguas: *las quales anduvieron en quarenta dias por la corriente é muchas aguas de las crecientes de las lluvias; é aquestas leguas á la sirga todas, llevando el agua hasta los pechos los que tiraban de la cuerda de la sirga, y con extremado trabaxo en un dia andaban media legua ó poco mas.* No creo que algunos de los que allí yban tomáran essa *fatiga para llegar al parayso*, puesto que con menos peligros é con mas

XVI. *La transferencia
codiciosa de míticos
paisajes auríferos
en la incentivación del
reconocimiento de
la Venezuela profunda.*

(494)

FERNÁNDEZ de OVIEDO,
op. cit., tomo V, *pág.* 255.
El subrayado es nuestro.

(495)

FRIEDE, op. cit., *pág.* 104.

(496)

Fray Pedro de AGUADO,
op. cit., tomo I, *pág.* 487.

(497)

LANGEBÆK, op. cit., *pág.* 207,
reproduciendo el párrafo
del documento ANC Negocios
Exteriores, III: 468r-468v
del Archivo Histórico Nacional
de Colombia.

seguridad del cuerpo y del ánima pueden los chripstianos ganar la gloria del cielo y no lo hacen, y por *este oro y desordenada cobdicia* se ponen en estas partes los hombres á tantas desaventuras é á tanto riesgo, sin se cansar ni aver temor de la muerte corporal y espiritual» (494). Otros intentos fracasaron en estas tierras orinoquenses, como el capitaneado por Antonio Sedeño y el que en 1536 inició Jerónimo de Ortal desde Macarapana, en el Neverí, en busca del Meta y de la Casa del Sol. ─

¹⁰ Con las citadas penetraciones de Jerónimo de Ortal, Diego de Ordaz, Alonso de Herrera y Antonio Sedeño, desde la costa oriental de Maracapaná y de Paria por el Orinoco a la Venezuela profunda, las comarcas del Meta fueron adquiriendo la fama de albergar la **Casa Aurífera del Meta** y **El Dorado**. Alcanzar este lustre quimérico les lucía factible, puesto que todos ellos estimaban que estaban relativamente cerca del litoral caribeño. Una vez más, el sentimiento de la codicia escamoteaba la realidad geográfica. Ello ha sido presentado sucintamente: «Sobre la situación geográfica de este «Dorado» en el río Meta aparece una idea, no menos errónea, y es su pretendida proximidad a la Costa del Caribe. Jerónimo de Ortal escribía desde Cubagua que «en veinticinco días, le dicen las lenguas y guías, que le pondrán en el mismo Meta». Los indios declaraban que del salto del Orinoco había tan sólo ocho días de camino a la provincia del Meta. El mapa del litoral que incluye Fernández de Oviedo en su obra, presenta en forma gráfica las erróneas ideas de la proximidad del Meta a la costa del Caribe, inventando —de acuerdo con las ideas geográficas de los conquistadores— un «estero del Meta» que conducía a la costa» (495). ─

¹¹ De esta manera, en el imaginario de los primeros conquistadores españoles del siglo XVI se situaba El Dorado en las cabeceras del río Meta, donde también estaría la **Casa del Sol**. Allí parecían concretizarse grandes riquezas, incluso los oficiales reales de Cubagua afirmaban que las provincias del Meta eran **las más ricas del mundo**. Esta visión quimérica se prolongó en las expediciones alemanas de los Welser y llegó incluso al siglo XVII. En realidad en estas comarcas del Meta no había yacimientos importantes de oro aluvial ni grandes cantidades depositadas de oro de orfebrería. Lo auténtico era que los indígenas de la etnia Goahiba, habitantes de los parajes del Meta, eran avezados navegantes fluviales que negociaban los objetos de oro de la artesanía muisca, junto a sal y mantas de algodón de las tierras altas, por sus productos locales de las tierras calientes sabaneras del Llano (496). ─

¹² Sin embargo, no todo era una fantasía de los conquistadores. En el siglo pasado se registró el hallazgo de promisorias cantidades de oro de aluvión en el Guainía, aunado al testimonio de algunos documentos en el Archivo Histórico Nacional de Colombia, lo que «permite suponer que la existencia de oro en la región constituía una realidad para algunas comunidades indígenas. En un documento español de 1694, relativo a la intromisión de expediciones holandesas y francesas por el río Orinoco, indígenas del bajo Orinoco declararon que en la parte alta del curso fluvial había **mucho oro** y que ellos se desplazaban hacia esa región para conseguir el metal; una indígena afirmó, por ejemplo, que era *una población cerca del Dorado y fue llevada al Dorado y que [...] las demás personas que allá habitaban [...] sacaban mucho oro dentro del agua con garabatos por ser tan grandes los pedazos y que también se sacaba de fuera del agua, de la tierra, y lo cortaban con hachas metiéndolo en la candela*» (497). ─

¹³ El citado documento señala que los indígenas del bajo Orinoco acudían a Guainía no sólo con el fin de adquirir oro en bruto, sino también ador-



LÁM. II3 «En el Río Escalante», Cristian Anton GOERING,
Von Tropischen Tieflande sum Ewigen Schnee, Leipzig, 1893,
 colección Biblioteca Nacional, Caracas.



LÁM. II4 «Flora selvática», Cristian Anton GOERING,
Von Tropischen Tieflande sum Ewigen Schnee, Leipzig, 1893,
 colección Biblioteca Nacional, Caracas.



BUCARE

XVI. *La transferencia
codiciosa de míticos
paisajes auríferos
en la incentiación del
reconocimiento de
la Venezuela profunda.*

(498)

LANGEBAEK, op. cit., pág. 207.

(499)

Fray Pedro de AGUADO,
op. cit., tomo I, pág. 508.

(500)

RALEIGH, op. cit., pág. 143. En cambio, Francis Sparrey, miembro de su tripulación que fue dejado en Guayana, afirma en su interrogatorio lo contrario: «Fue preguntado que como purificaban aquel oro y si lo sacaban con fuego. Dixo que, no sino que con aquellos pedreñales hacian menudos aquellas piedras de metal de oro y apartados los granitos de oro de por si, los golpeaban con los pedreñales y acian una pasta y della o acian barretillas de oro como de un dedo, o aquellas medias lunas que se ponen y que anssi se les perdía más de las dos partes de oro, si se fundiera con fuego», reproducida en Ramos, op. cit., pág. 677.

nos, lo que sugeriría para el antropólogo Carl Henrik Langebaek que los indígenas del alto Orinoco, además de explotar yacimientos auríferos también eran orfebres (498). Consideramos que ello era altamente factible, puesto que en el testimonio de fray Pedro de Aguado se encuentran señalamientos según los cuales en la expedición de Alonso de Herrera en demanda del Meta, encontraron en las riberas del Orinoco en el pueblo Cabritu, hoy Cabruta, «abundancia que fueron crisoles que estos indios hacían para vender a otros de la tierra adentro para sus fundiciones de oro, según se entendió de indios que después se tomaron» (499). Más aún, no debe ser desdeñada en esta interpretación la visión que proporciona De Bry en su grabado *Cómo los guayaneses funden sus ídolos de oro*, basándose en el imaginario de Raleigh, quien con cierto desparpajo señala en su obra lo siguiente: «Después pregunté cómo los **Epuremei** forjaban las láminas de oro y cómo lo fundían y separaban de la piedra. Me fijé que la mayor parte del oro con el que fabricaban las láminas e imágenes no se extraían de las rocas, sino que en el lago de **Manoa** y en muchos otros ríos lo cogían, en forma de granos de oro puro y en piezas del tamaño de piedras pequeñas. Añadían una parte de cobre, porque de otra manera no lo podían trabajar, y utilizaban una gran vasija de barro con agujeros alrededor. Una vez que habían mezclado el oro y el cobre, metían cañas por los agujeros y, con el aliento de los hombres, intensificaban el fuego hasta que el metal se fundía. Entonces lo vertían en moldes de piedra y barro para formar aquellas láminas e imágenes» (500). —

- 14 El segundo ciclo en la búsqueda de paisajes auríferos míticos se desencadenó en el occidente del país desde la ciudad de Coro. Allí Ambrosio Alfínger se vio dominado por las sugerencias alucinantes del oro, llevando a cabo una expedición con mineros alemanes hasta el lago de Maracaibo en 1529, cuyas márgenes explora en busca de acumulaciones auríferas, y su entrada en 1531 por el Valledupar alcanzando la tierra de los pacabuyes con índices que creyó vislumbrar en un cercano país aurífero en la tierra de las lagunas que se extendía más allá de las riberas del río Magdalena. En cambio, fue desastrosa su retirada a través de las sierras andinas desde el valle del Magdalena al lago de Maracaibo con penalidades y mortandades, no encontrando la menor muestra de riquezas áureas en los pueblos que cruzaron. —
- 15 Nicolás Federmann fue también obsesionado por la búsqueda de oro en el ámbito local, partiendo su primera expedición de Coro y que reconocería las tierras barquisimetanas y zona de los caquetíos en 1530 y 1531. Posteriormente, entre 1537 y 1539, organizaría otra logrando remontar hasta las tierras de los chibchas, donde se encontró con las anteriores expediciones de Gonzalo Jiménez de Quesada, que se había desplazado por el Magdalena y el Opón, y la de Sebastián Benalcázar con sus huestes quiteñas procedentes de Popayán. Fernández de Oviedo da luces sobre el extraordinario hallazgo de paredes de oro laminado en diversos sitios ceremoniales de esta altiplanicie cundinamarquesa, lo que obviamente debió desencadenar expectativas acerca de la proximidad del país del Oro: «Y envió a Francisco Dávila, su amigo, con el capitán Pedro de Limpas una esmeralda para muestra de la fructa de aquella tierra, y mill é trescientos é quarenta y quatro pessos de diez y nueve quilates estimado; pero es mejor y delgado en planchas de oro batido, y tan delgadas como un canto de real, porque son enforro de los muros de las casas ó templos: é assí como en España se visten é blanquean los edificios y salas de las casas con yeso, ó en esta nuestra cibdad de Sancto Domingo con cal, assi

aquellos indios envisten y chapan las paredes y techumbre de sus moradas con láminas de oro y las chapas que he dicho, en especial los reyes ó caciques y señores principales, é sus templos ú oratorios»⁽⁵⁰¹⁾. ─

(501)

FERNÁNDEZ de OVIEDO,
op. cit., tomo VI, pág. 78.

16 Jorge Hohermuth, conocido en Venezuela Hispánica como Jorge Spira, mandatario de los Welser, intentó a su vez encontrar El Dorado con la extensa expedición que se mantuvo entre 1535 y 1538, pero fracasó. Su codicia lo motivó a insistir, pero la muerte lo sorprendió cuando preparaba la repetición de la hazaña. Otro alemán, Felipe de Hutten, nuevo gobernador de los Welser, en unión de Bartolomé Welser, en 1542 localiza el país de los omaguas, presunta región donde se encontrarían maravillas áureas jamás atisbadas, aunque se impuso la cruel y descarnada realidad de las penurias del regreso sin botín en 1544. ─

(502)

RAMOS, op. cit., pág. 214.

17 Ciertos hallazgos reales y signos reveladores en América Andina incidieron decididamente en continuar con sentimiento de arrojo la consecución de El Dorado. La hueste de Pedro de Alvarado en la provincia ecuatoriana de Jipijapa entró en un pueblo que llamaron del Oro, por la relevancia del metal aurífero que allí encontraron y también armas de plancha de oro, como corazas para armar cuatro hombres, claveteadas con clavos del mismo oro⁽⁵⁰²⁾. Es una versión inicial de hombres indígenas que podían vestirse de oro. De allí, al poco tiempo, en noviembre de 1534, un miembro de la hueste alvaradista, Luis Daza, enrolado por el adelantado Sebastián de Benalcázar logró capturar al **indio llamado dorado**. Era un apodo de un combatiente de la gente de Rumiñahui vestido con planchas de oro. En sus interrogatorios se descubrió que este indígena provenía del ámbito de Popayán, perteneciendo probablemente a las tierras de los indígenas pastos o quillacingas⁽⁵⁰³⁾. ─

(503)

RAMOS, op. cit., págs. 216-217.
En la misma obra se reproduce
en Apéndice I la Probanza de
Luis Daza, en que se testifica sobre
la captura del indio dorado,
págs. 469-476.

18 Debió haber resultado estremecedor en los sentimientos de la hueste española este encuentro del **Indio Dorado**, proveniente de las tierras altas de Popayán, donde llegaban las influencias muiscas generadoras del mito en la laguna de Guatavita, y colaborador de la hueste incásica ecuatoriana de Rumiñahui. A su vez, con toda seguridad, los conquistadores españoles de las tierras altas colombianas debieron haber enfrentado indígenas acorazados, revestidos con pectorales, planchas y diversas piezas de oro finamente trabajado por orfebres taironas y muiscas. ¡Era la presencia física de El Dorado! Estos ornamentos se pueden apreciar hoy en el Museo del Oro en Bogotá. ─

(504)

FRIEDE, op. cit., pág. 106.

19 Miles de vidas perdidas, desolación de paisajes, frustraciones e insensibilidades de crueldad extrema, se evidenciaron en todas las referidas expediciones en la búsqueda de míticos paisajes auríferos. Todo ello se expresaba en los territorios de la Venezuela profunda, lo que ha sido bien enfatizado desde una objetiva óptica colombiana: «La confusa idea sobre la existencia de un *«Dorado»* en el oscuro interior del continente sudamericano, que catalizó las esperanzas y los anhelos de los conquistadores, recibió precisamente en Venezuela una forma palpable, una certidumbre geográfica, que fue el guía de buena parte de las espectaculares expediciones conquistadoras. Sólo en 1546, cuando, debido al trágico resultado de todas estas expediciones, se produjo la gran decadencia de la gobernación, declara el licenciado Tolosa que a estos informes «ya no se les da crédito», por las grandes mentiras de los indios»⁽⁵⁰⁴⁾. ─

20 Ulteriormente las expediciones de españoles y europeos al pretendido El Dorado siguieron mezclando lo real y lo fantástico, lo geográfico y lo mítico, en un todo indivisible. Antonio de Berrío, Diego Fernández de Serpa, Walter Raleigh y muchos otros, fueron reconociendo territorios

XVI. *La transferencia
codiciosa de míticos
paisajes auríferos
en la incentivación del
reconocimiento de
la Venezuela profunda.*

(505)

José Rafael LOVERA, *Antonio de Berrío. La obsesión por El Dorado*. El estudio preliminar y selección documental es de José Rafael Lovera, *Petróleos de Venezuela, Colección V Centenario del Encuentro entre Dos Mundos*, Caracas, 1991, pág. 41.

(506)

LOVERA, op. cit., pág. 46.

(507)

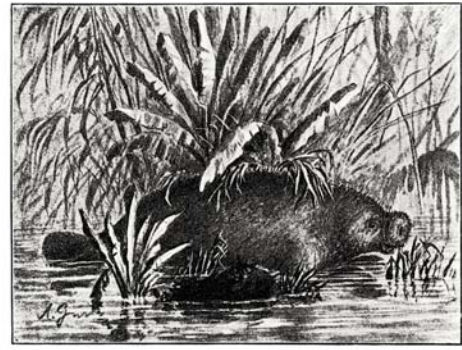
RAMOS, op. cit., pág. 460.

- de la Orinoquia y de la Guayana al ir buscando el reino de El Dorado. —
- 21 Antonio de Berrío, casado con la sobrina de Gonzalo Jiménez de Quesada, Adelantado del Nuevo Reino de Granada y empecinado buscador de El Dorado, fue su heredero, quien se instaló en 1580 en Santa Fe de Bogotá e inició en 1582 desde Boyacá la toma de posesión de la herencia que consistía en una capitulación y en la gobernación de El Dorado, entre los ríos del Pauto y Papamene en la Provincia de los Llanos. Al enterarse del mito de El Dorado y de la laguna de Manoa intentó tres expediciones para incursionar en las sabanas del Llano, en 1584, 1587 y 1590, bajando desde los paisajes de Santa Fe de Bogotá y navegando aguas abajo por el sistema fluvial del Orinoco en busca de El Dorado. Su tenacidad en la empresa doradista le hizo pasar increíbles trabajos e invencibles dificultades y gastar la mayor parte de su peculio familiar. Una admirable selección documental ha sido realizada por José Rafael Lovera en el libro *Antonio de Berrío. La obsesión por El Dorado*, donde se puede calibrar en su justa medida el enorme gasto en que incurrió Berrío en sus empresas de conquista del mito (505). —
- 22 La audacia de Antonio de Berrío lo llevó al sentimiento de que el ansiado El Dorado debería estar instalado en uno de los pocos sitios aún no explorados íntegramente en el interior de Sudamérica. En su imaginario lo emplazaba en las comarcas de Guayana existentes entre los ríos Orinoco y Amazonas. Por ello, tanto Berrío como los integrantes de sus huestes declaraban repetidamente que la mención Pauto y Papamene debía entenderse como equivalente a los ríos Orinoco y Amazonas (506). En verdad, ello era una confusión, puesto que correspondía de acuerdo a la toponimia geohistórica al río Pauto, afluente del río Meta, y al río Papamene, denominado Napo, afluente del río Amazonas. —
- 23 Esta interesada confusión posibilitó que Berrío marcara sus derechos en extender a la Orinoquia y a Guayana su gobernación. La obcecación por el sentimiento del encuentro de El Dorado y Manoa le llevó a una auténtica transmutación geográfica. Demetrio Ramos lo expuso con claridad: «Siendo la Guayana el único espacio no explorado, forzosamente allí habría de encontrarse el ansiado Dorado. Berrío, después de sus primeros intentos debió verse arrastrado por este convencimiento al surco del Orinoco. Sus derechos para extender allí su gobernación eran nulos, pero se valió de una curiosa argumentación: hacer al Pauto cabecera del Orinoco, con lo cual éste era su continuación, e identificar al Papamene con el Amazonas por igual procedimiento. De esta manera, el espacio comprendido entre Pauto y Papamene se convertía en el país extendido entre Orinoco y Amazonas. No contento con ello, se entró en la isla Trinidad, como punto de apoyo indispensable» (507). —
- 24 Embargado en este sentimiento del hallazgo de El Dorado, Berrío no descartó en su imaginario que fuera un refugio del tesoro de los incas que se habían retirado en las tierras altas del Perú. Dejó testimoniada esta inclusión en la carta que escribe al Rey de España desde la isla de Margarita el 1 de enero de 1593: «Yo, como he venido de arriba abajo y he faldeado la cordillera en las tres veces que he entrado por tierra y por agua más de setecientas leguas y gastado diez años de trabajos continuos, estoy bien enterado. Sé lo que es. Desde la boca del río de las Amazonas hasta la del Orinoco, señala la carta más de cuatrocientas leguas. En toda esta latitud y más de mil y quinientas de longitud no hay cosa poblada de españoles habiendo las grandes noticias que todo el mundo sabe, porque se dice por cosa cierta, que los reyes incas de estas provincias salieron a

de simosio catinolo



LÁM. 115 Conjunción, cielo, selva y río,
Río Casiquiare, Amazonas.
FOTOGRAFÍA: ROMÁN RANGEL (ECOGRAPH)



LÁM. 116 Manatí, Cristian Anton GOERING,
Von Tropischen Tieflande sum Ewigen Schnee, Leipzig, 1893,
colección Biblioteca Nacional.



LÁM. 117 Raudales de Maipures, estado Amazonas.
FOTOGRAFÍA ROMÁN RANGEL (ECOGRAPH)

XVI. *La transferencia
codiciosa de míticos
paisajes auríferos
en la incentivación del
reconocimiento de
la Venezuela profunda.*

(508)

Carta solicitud de Antonio de Berrío al Rey Felipe II, isla de Margarita, 1º de enero de 1593, reproducido como Documento I, en LOVERA, op.cit., págs. 140-141.

(509)

Relación de lo sucedido en el descubrimiento de Guayana y Manoa. s.f., reproducido como Apéndice IV en RAMOS, op.cit., pág. 666.

(510)

RALEIGH, op.cit., pág. 131.

conquistar el Perú y después con discordias que hubo entre dos hermanos, el uno de miedo del otro se volvió huyendo a estas provincias. Hay muestras de oro en setecientas leguas y más que he caminado faldeando la cordillera. En todas partes he topado oro. Preguntando de dónde lo traían, todos dicen que de la otra parte de la cordillera y encarecen tanto la cantidad que es cosa increíble» (508). ─

- 25 La obcecación de Antonio de Berrío en alcanzar la quimera de El Dorado le lleva a informar en otra relación más tardía la inminencia del hallazgo de la laguna: «A once jornadas de do llegaron los españoles dicen aver una laguna grandísima, que se llama la tierra Manoa. Alrededor della ay grandísimo número de jente vestida de pueblos y señores...» (509). El sentimiento de lo maravilloso llevó incluso a cartografiarlo en dimensión magnificada en el mapa de Raleigh en 1596, señalándolo junto a la ciudad quimérica de Manoa. De esta última hay una detallada imagen en el grabado de la edición del viaje de Raleigh publicada por Levinus Hulsius en 1599 en Nuremberg. Allí los crédulos europeos apreciaban murallas, torres almenadas, templos con enigmáticos remates, concentradas habitaciones y embarcaderos bullentes con gente y embarcaciones, trasladadas algunas de ellas con maromas en ruedas. En mapas de cartógrafos reputados, como el de Jan de Late en 1630 o el de William Blaeuw en 1635, se observa una dimensión exagerada del presunto **Parime Lacus** alargado en su parte meridional hasta sobrepasar la línea del Ecuador. ─
- 26 Walter Raleigh penetrará en su primera expedición en 1595 por el río Orinoco en busca de El Dorado y el punto más lejano que alcanza es la desembocadura del río Caroní, quedando maravillado por sus caídas de agua: «Cuando subimos al pico de la primera colina de los llanos cercanos al río vimos esa maravillosa cantidad de agua que corría por el Carolí [*sic*] y pudimos apreciar desde la montaña, como, a veinte millas más arriba, se dividía en tres brazos con diez o doce caídas, cada una más grande que las otras, altas como torres de iglesia, y que se precipitaban con tal furia que la espuma de las aguas parecía lluvia, y en algunas partes llegamos a tomarla por el humo que se levanta en una gran ciudad» (510). ─
- 27 El impacto de esta región que fue percibida por Raleigh en su excepcionalidad al enfatizar que nunca había visto a un país más bello ni un paisaje más hermoso, además de la proyección de El Dorado, fue volcado en su libro editado en 1596 en Londres y cuyo título es sumamente evocador: *El Descubrimiento del Vasto, Rico y Hermoso Imperio de la Guayana, con un relato de la poderosa y Dorada Ciudad de Manoa (que los españoles llaman El Dorado) y de las provincias de Emeria, Arromaia, Amapaia y otros países y ríos limítrofes.* En 1617 Walter Raleigh emprende su segunda expedición en busca de El Dorado, pero será su teniente Lawrence Keymis, quien haga la penetración por el río Orinoco, remontándolo hasta la boca del río Guárico en enero de 1618. ─
- 28 La ilusión de El Dorado guayanés, por la promoción de las noticias de sir Walter Raleigh, tocó a las sensibilidades de la corte isabelina. A las esperanzas de fortuna rápida se unen las ansias de renombre y fama de los caballeros exploradores, todo ello en el contexto de un fuerte sentimiento por acrecentar el poderío inglés y la veneración a la Reina Isabel. En este sentido es revelador que la relación de Lawrence Keymis de su segundo viaje a Guayana, realizada en el año 1596, se abra con un **Canto épico de Guayana (De Guiana Carmen Epicum)**, escrito por George Chapman, uno de los más importantes poetas de la Corte isabelina:

-- De riqueza y conquistas y honor canto,
Riqueza con honor, conquista incruenta,
Para asentar bastante el reinado,
En la tierra, de igual modo que a Júpiter
El águila en la fiel mano de Elizabeth.
Guayana, opulenta en minas de oro,
Cuya frente se hunde en el empiro,
Se alza en punta de pies por contemplar
A Albión hermosa, cuya mano besa,
Y ante ella inclina el poderoso pecho,
En gesto de suprema sumisión, ... (511).

²⁹ En este canto épico George Chapman, bien conocedor de las ansias y hondos sentimientos de su amigo Raleigh, insiste en la proyección trascendental de la gesta doradista en las expediciones guayanesas, cuyos éxitos deberían posibilitar *una nueva era de tiempos del oro*:

-- Por tanto, mi admirada Soberana,
Que vuestro aliento sople sobre el agua,
Y cree una edad de oro en esta era
De hierro, y sea así viento propicio
Para una flota poderosa y fuerte
Que secundando fiel vuestros deseos
Zarpe para lograr riqueza y nombre; ... (512).

³⁰ El posible encuentro de tierras áureas con objetos de metales preciosos incentivó obviamente a españoles y europeos por motivos de lucro económico, pero también este hallazgo podría ser el medio de cubrir la ambición de altos honores y fama impecedera. Además, desde el punto de vista geográfico constituyó un aliciente en el descubrimiento de extensos paisajes guayaneses y fomentó el poblamiento de los primeros asentamientos hispánicos en las riberas del Orinoco. Incluso se llegó a conformar administrativamente, a partir del 18 de noviembre de 1568, una Provincia de El Dorado y los Llanos, que cubría las comarcas irrigadas por los ríos Pauto y Papamene, extendiéndose por los Llanos, donde se buscaron las míticas ciudades de Manoa y El Dorado, en las referidas expediciones de Antonio de Berrío. ─

³¹ En Venezuela Hispánica se evidenció la necesidad de defender las posibilidades auríferas de estas tierras guayanesas, claves en las penetraciones hacia el pretendido El Dorado y la mítica Manoa, de las incursiones de holandeses, franceses e ingleses, fundándose el enclave de los castillos de Santo Tomé de Guayana en 1595, que cambió varias veces de emplazamiento, pero siempre en las riberas del río Orinoco en estratégica posición para el control de la navegación que venía del océano Atlántico. ─

³² Las expediciones que tuvieron su auge desde el siglo XVI hasta las primeras décadas del siglo XVII se prolongaron hasta la segunda mitad del siglo XVIII con las expediciones enviadas en 1773 y 1775 por el gobernador Manuel Centurión, «capaz de montar una expedición, con mineros avisados, para catar los filones que pudieran existir en el cerro del Dorado, que al fin creen haber descubierto, cuando los portugueses en un golpe de mano se apoderan del territorio» (513). Patética es su acción de remitir al Ministro Real don José de Gálvez la carta que Vicente Diez de la Fuente le envió de Güirior el 3 de julio de 1776, relatándole lo sucedido a los expedicionarios que fueron al descubrimiento de la laguna Parima y cerro Apucuamo o El Dorado (514). ─

³³ El probable emplazamiento geográfico del mito de El Dorado fue cambiando, no siendo sólo la Orinoquia y la Guayana los únicos sitios de este emplazamiento críptico, puesto que hay numerosas referencias en la cartografía del imaginario en toda América profunda, desde la Amazonia a la Patagonia culminando con la mítica ciudad de los Césares. En el imaginario de la Tierra Firme el mito de El Dorado fue bajando desde la

(511)

George CHAPMAN, *Canto épico de Guayana*, editado en *Una Relación del segundo viaje a Guiana, realizado y escrito en el año de 1596 por Lawrence Keymis*, edición inserta en la obra *Herejes en el Paraíso. Corsarios y navegantes ingleses en las costas de Venezuela durante la segunda mitad del siglo XVI*, estudio preliminar y selección documental Henry Georget y Eduardo Rivero, traducción de Jaime Tello, Colección V Centenario del Encuentro entre Dos Mundos, Caracas, 1994, pág. 175.

(512)

George CHAPMAN, op. cit., pág. 175.

(513)

RAMOS, op. cit., pág. 462.

(514)

Carta de D. Vicente Diez de la Fuente a D. Manuel Centurión, fechada en Güirior a 3 de julio de 1776, reproducido como Apéndice VI en RAMOS, op. cit., págs. 681-683. Allí relata que daba la enhorabuena de haber logrado el descubrimiento de la laguna Parima y el cerro Apucuamo o El Dorado, pero que habían sido capturados por los portugueses.

XVI. *La transferencia
codiciosa de míticos
paisajes auríferos
en la incentivación del
reconocimiento de
la Venezuela profunda.*

(515)

GILIJ, op. cit., tomo I, pág. 33.

(516)

GILIJ, op. cit., tomo I, pág. 136.

(517)

GILIJ, op. cit., tomo I, pág. 136.

(518)

Mateo MIMBELA, *Breve tratado del cielo y los astros*, reproducido en la obra de José del REY FAJARDO y Germán MARQUÍNEZ ARGOTE, *Breve tratado del cielo y los astros, del maestro javeriano Mateo Mimbela (1663-1736)*, El Búho, Bogotá, 2004, pág. 31.

(519)

MIMBELA, op. cit., pág. 190.

laguna de Guatavita en la cordillera Oriental de los Andes del Nuevo Reino de Granada hasta los territorios del río Meta, en las inmediaciones del Orinoco medio, para remontar ulteriormente hacia Manoa, la fantástica ciudad internada en parajes desconocidos de la alta Guayana, junto al supuesto lago de Parime. Este pretendido lago figuró en numerosas piezas cartográficas que se sucedieron desde el siglo XVI al XVIII.

Incluso fue representado en 1760 por Diego de la Fuente, en 1763 en la obra de José Solano y en el iluminado mapa de 1778 de Luis Surville que acompaña la *Historia Corográfica de la Nueva Andalucía* de fray Antonio Caulín. Allí Surville señala el topónimo **Laguna Parime o Mar Dorado**.

Felipe Salvador Gilij, misionero jesuita y geógrafo dieciochesco de la cuenca del Orinoco y del Amazonas venezolano, desmitificó la existencia de El Dorado a través de su obra editada entre 1780 y 1784, aunque representó el mítico lago Parime en las dos cartas que se incluyen en su obra. —

34 La fina ironía con que el misionero jesuita expulso Gilij describe los tanteos del misionero franciscano Caulín acerca de la definición de Parime como lago o río (515), hay que entenderla en el contexto del escepticismo de Gilij acerca de la existencia de este lago, siendo muy directo cuando rechaza el eventual cercano emplazamiento del mítico El Dorado en las inmediaciones lacustres, refutando incluso los escritos de 1741 del padre José Gumilla de su misma orden: «Por último tengo que hablar del Parime. Detrás de los países caribes, y quizá tocando con ellos, hay un lago que lleva el nombre sobredicho, y es, por lo que oí decir, grandísimo. Allí ponen algunos el Dorado, de quien tan magníficas cosas cuenta Gumilla en su **Orinoco**. A escucharle a él y a otros, todo es allí oro; allí hay jardines y palacios, al modo real. No he oído, en 18 años y más de residencia en el Orinoco, a ningún indio que hablando se refriera a tales cosas» (516). —

35 Incluso Gilij nos transmite indirectamente el sentimiento ilusionado de los colonizadores acerca de esta quimera doradista: «Sin embargo, del Dorado, aunque nada hablen de él los orinoquenses, hacen continuos discursos los españoles que habitan en el Orinoco. Al sur, en los tiempos secos se ve de noche en el cielo cierta constelación que parece un trozo, por decirlo así, de la Vía Láctea. ¿Lo creeríais? Dicen éstos que es el resplandor que hasta allá llega del Dorado» (517). En la geografía de la sensibilidad en los tiempos coloniales tuvieron gran incidencia creencias populares y académicas acerca del movimiento celeste. El sacerdote jesuita Mateo Mimbela, maestro de la Universidad Javeriana de Bogotá, fue autor en 1694 del manuscrito *Breve tratado del cielo y los astros*, mostrando en este curso de astronomía un amplio conocimiento desde la renovada tradición escolástica hasta las ideas modernas (518). Allí señala la importancia de la luz del Cielo Empíreo, por el fulgor que despide, y de la Vía Láctea: «La Vía Láctea, en griego Galaxia, es como una senda que aparece entre las estrellas fijas. Se llama vía porque es amplia, y láctea por ser del color de la leche. Esta vía circunda todo el cielo, avanzando hasta casi los polos y pasando por la equinoccial entre los signos de Géminis y Sagitario. Está siempre constante e inmóvil, conservando la misma uniformidad» (519). —

36 Gilij es tajante ante la dominante sensibilidad de la existencia del paisaje del oro: «Pero como ordinariamente agrada a todos que haya un país donde fácilmente se haga uno rico, el Dorado, nombre antiquísimo en las historias hispanas, ha sido el objeto de los viajes y de los deseos de muchos. Quien lo finge en las tierras del Guaviare, quien hacia el Río

Negro, quien en el lago Parime, quien acaso en otra parte. Pero basta de sueños» (520). Después de analizar en largas páginas expediciones y referencias concluye «Pero digámoslo de nuevo: son mentiras» (521). ─

37 Sin embargo, titubea en relación al lago de Parime terminando, con gran prudencia, en plantear la posibilidad de su existencia, aunque insistiendo en que no hay pruebas al efecto: «Yo en mi mapa pongo al Orinoco como si viniera del lago Parime, del que lo hago manar. Mas he aquí otro punto de historia orinoquense lleno de embrollos o de imaginaciones varias de los escritores. ¿Existe realmente en el mundo el lago Parime? De este lago, no menos que del célebre Dorado, encuentro cosas increíbles en los autores... Sus aguas según algunos son salobres, según otros, dulces. Pero todos por lo demás pretenden que es de grandeza desmesurada que llega, como se dice, hasta a 395 millas alemanas de longitud y a 100 de ancho en su mayor extensión. Pero vuelvo a decir: ¿es que existe en el mundo el lago Parime? Oyendo las palabras de los indios parece indudable que sí. Yo no cito otros testimonios porque no he conseguido hasta ahora hallar entre tantos escritores siquiera uno que aporte una prueba en confirmación de este lago. Soy de parecer que existe, pero no tan grande como mucho nos dicen» (522). ─

38 Quizá esta percepción no fue totalmente errada, puesto que el connotado geógrafo Pablo Vila reconoce un trasfondo de verdad por el ensanchamiento de las aguas rebasadas allí por el desbordamiento de la red fluvial local, planteándose un interesante problema geohistórico de la cambiante sensibilidad ante hechos físicos (523). ─

39 La fuerza del mito explica que en la *Encyclopédie* o *Dictionnaire raisonné des sciences, des arts et des métiers*, dirigida por Denis Diderot entre 1751 y 1772, se pudiera consultar el artículo *Parime*. En el año VII de la República Francesa, 1799, también se observa este lago en el plano que acompaña la traducción del libro de John Stedman (524). Más aún, continuó siendo representado en el temprano siglo XIX, siendo notable en el mapa de Francisco de Pons en 1805. Entre los últimos mapas en los que todavía aparece este topónimo quimérico, destacan: en 1817 el intitulado *Caracas and Guiana* dibujado y grabado por John Thompson con un enorme lago Parima; en 1829 el intitulado *Part of a Map of South America* señalando al lago Parima también como *White Sea* (525). La ilusión cartográfica terminó a comienzos de la segunda mitad del siglo XIX: «Un mito que supo morir tan tarde que todavía en 1856 lo trata de revivir en Georgetown el inglés Nicolás Herbert Cameron» (526). ─

40 A pesar de todo ello el mito había tomado dimensión universal. La extrema sensibilidad que se había continuado expresando en el tardío siglo XVIII y temprano siglo XIX hacia el mito del fantástico lago de Parime y la fabulosa ciudad de Manoa en la Guayana profunda, había sido inmortalizado al ser novelado El Dorado en sus paisajes de oro y piedras preciosas y esplendor de su corte urbana por Voltaire en 1759 en su *Cándide*. El ingenuo sentimiento optimista de Cándido debió incidir en las ilusiones cortesanas europeas dieciochescas en compartir las amenidades de esta ciudad de El Dorado, sus edificios públicos que escalaban las nubes, las plazas de mercado ornadas de mil columnas, las fuentes de agua clara, las de agua rosada, las de licores de caña, que sin parar corrían en vastas plazas empedradas con una especie de piedras preciosas que esparcían un olor parecido al del clavo y la canela (527). ─

(520)

GILIJ, op. cit., tomo I, pág. 136.

(521)

GILIJ, op. cit., tomo I, pág. 144.

(522)

GILIJ, op. cit., tomo I, pág. 25.

(523)

Pablo VILA, *Geografía de Venezuela*, Ministerio de Educación, Caracas, 1960, pág. 281. Ver también Pablo Ojer en el estudio preliminar de la obra de CAULÍN, op. cit., tomo I, pág. CCXV.

(524)

STEDMAN, op. cit., plano en la pág. II.

(525)

Reproducido de los mapas de Thompson y de James Wyld en S. R. CORTÉS, *Cartografía antigua de Guayana*, op. cit., págs. 281, 298.

(526)

Hermann GONZÁLEZ OROPEZA, op. cit., págs. 68-69.

(527)

VOLTAIRE, *Cándido o el optimismo*. Clásicos Jackson, México, 1963, pág. 56.